

La rosa de los vientos

= De Cromos. Bogotá =

De pie, a la orilla del mar, los ojos dirigidos hacia las estrellas, debe estar, como un faro. Es luz lo que de ella se desprende para encantar la noche. Los pequeños barcos de soñadores, que se deslizan sobre el agua aparentemente adormecida, escogen el reflejo de esa luz, para seguir acompañados hasta el punto en donde el cielo se junta con la tierra. El faro parpadea. Juana de Ibarbourou ha cerrado los ojos.

Cuando los vuelve a abrir, la luz es de otro color. Tenía antes matices rojos de sensualidad, grises de hastío o verdes de esperanza. Había sido la chiquilla loca que en sus versos pedía la caricia del amado. Había sido la sedienta del goce puro, que no ponía malicia en la expresión de los anhelos que sus hermanas, las mujeres lánguidas, encubren. También había contado su fatiga, su ansia de no ser, la miseria de la vida, que sobre los corazones encendidos del amor y del deseo, pone la fría ceniza del cansancio, del asco.

La luz de ahora es lunar. Es luz lechosa para no encandilar a quienes la contemplan. Y es luz de eternidad, porque todos los pensamientos de la poetisa se dirigen hacia la contemplación total del universo. Tiene preocupación de astros. Su imploración es grave y es aguda. A veces la expresión es de filósofo que ahonda en el porqué de los fenómenos y en el extraño destino de los seres. A veces tien la gracia de la niña, que conserva el ademán destinado a la vida, cuando se dirige a lo perdido para siempre en los abismos nocturnos.

Ha variado su acento. Con su intuición esplendorosa de mujer adivinó los palacios del surrealismo, y por ellos anda, con palabras que la mayoría no entiende pero cuyo hechizo soporta, cual si anduviera por su propia casa. Ya sabe danzar sobre los corazones y ya pide al arquero que derribe para ella el diamante de Aldebarán o las siete cabrillas estelares. La madrugada es "una pradera celeste", y por ella se va la noche con su hoz, que es la luna, decapitando estrellas como si fueran espigas. El ánimo la sigue subyugando. Presiente las novedades metafísicas y a su descubrimiento marcha, pálido el rostro, los labios temblorosos, mientras al oído llegan las sonatinas del silencio. Estamos en el mundo poético, que exige a los cuerpos otras dimensiones y multiplica en las almas el poder de los sentidos.

Necesita la noche, dice ella, que le "duplica la esperanza" y le arranca la orden de "matar la vigilia enemiga". Pero cambia. No se encrusta en una sola emoción. Otro día clama por el advenimiento de la aurora, porque "la noche es tóxica" y porque es arbitraria. Antes la veíamos en viaje hacia el planeta donde vive Zoroastro, como entre una luz de cine, pescando sus verdades escamadas en un río de misterio. De allá vuelve. Y lle-



Juana de Ibarbourou

Madera de Federico Lamau.

ga a "las colinas de la mañana nueva", con la sensación de haber tenido apoyada la cabeza "sobre las rodillas de la luz", para dormirse.

Cuando siente que el cuerpo "le pesa menos que un pétalo" y que ha tirado al mar "el collar de la vida", bien pudiera, aligerada, ascender hacia Dios, como un perfume. Pero no se lo permiten las cadenas de la tierra. Después del "dolor heroico de hacerse para cada noche un nuevo par de alas", despierta al día amargo en que descubre que bajo el ala de plumas del silencio estallan "los pichones insaciables del ruido". Ese ruido aleja la canción, aleja la embriaguez metafísica, aleja la alegría de haber dormido dentro del propio espíritu.

Oh! la vida! oh! la noche! oh! el gotear de las desilusiones, cuando todo en el alma era ascensión, y cuando recién lavada, fresca, llena de fragancia, iba a buscar, como si fuera el amante de caricias eternas, al pensamiento trascendental, divagador, que posee más plenamente y deja más ojeras atractivas bajo los ojos cargados de horizonte! En la tierra hay otra cosa, hay trampas de fique para las aves y hay telas de araña para los sueños. El tiempo los devora como si fuesen moscas. Y con la dicha escondida, cuando quiere realizarla, tiene que andar paso a paso, "temerosa de enfurecer los vientos".

"La hormiga roja del día lento muerde las hojas tiernas de los minutos que no retoñan". "Por los caminos arrastra su vestido de cola la pereza". Hay días que hostezan. Hay días sin fe, hay días de angustia, hay días en que se cansa de esperar "de espaldas a la vida" y pide aceleradamente a la hora que le traiga al vencedor del sortilegio, y a éste le gri-

ta que apresure el paso, no sea que al destino se adelante "la apagadora de lámparas". La bóveda azul es una cárcel de plomo. Las horas carceleras no dejan mirar más allá, por entre los barrotes. Y la vida es sopor, cuando está con el cansancio de haber sido protesta.

Juana de Ibarbourou al fin se desespera. Ha oído en ella la voz que la constriñe a ser dominadora del medio y de ella misma, del tedio y de la torpe audición de quienes deberían estar danzando, como hojas del otoño, al compás de su música. Siente el deseo de júbilo, se acuerda de que fue ninfa, arroja la tristeza en el puerto, después del fatigante viaje imaginario, y mientras el viento, "a horcajadas en la proa", tararea "una viva canción de marineros", vence en ella lo que va a vencer afuera y exclama, sin mostrar los puños, pero con la firme resolución de quien no se dejará arrancar lo que es muy suyo: "Alegría de un día que ha de salvar del maleficio de las horas brujas!" Y lo salva. Y se interna por los que denomina "claros caminos de América".

En el libro *La Rosa de los Vientos* ocupan los poemas bautizados con el nombre del continente la mitad de las páginas. Bien se lo debía quien con el asentimiento de todos los países fue aclamada con el nombre embrujador: "Juana de América". Puso allí lo mejor de ella misma en las dos faces. Hay del ayer y hay de un hoy cuyas frondas ascienden al mañana. Continúa siendo faro o continúa encendiendo el faro. Servirá a los extraños. Ha descubierto que no tenemos entraña de marinos. "Toda la mentira del mar se me ha hecho clara". "Quiero al campo como todos los hombre de América lo quieren". "Un ancho amor de labradores en la sangre nos viene". Y ella misma se embriaga con el delicioso olor de su alma campesina, para obligarnos a mirar hacia otras cosas. Guiados por ella miramos hacia adentro.

La manzanilla, cuyo aroma no es áspero, aunque ella lo pretenda, le salta al encuentro "como un perro festejador y amigo". Olor de huerta, de casa humilde, de jardín, de que se impregna el aire, para seguir su marcha rápida en busca de otras combinaciones, se perfuma de mujer, se hace capitoso y se confunde en seguida con el olor de la selva. Cuando el sol alfarero que modela cariñosamente el día, se lo presenta a Dios, Dios sorprendido diz que exclama: "Qué brillantes son y qué bien huelen mis tierras de América!" "Y el olor de las selvas, que cabalga en el viento", enciende los sueños, que son de juventud, de eternidad, de aventura, poderoso como es el imán del misterio y misteriosas como son las tierras del continente, vírgenes todavía de la planta del hombre.